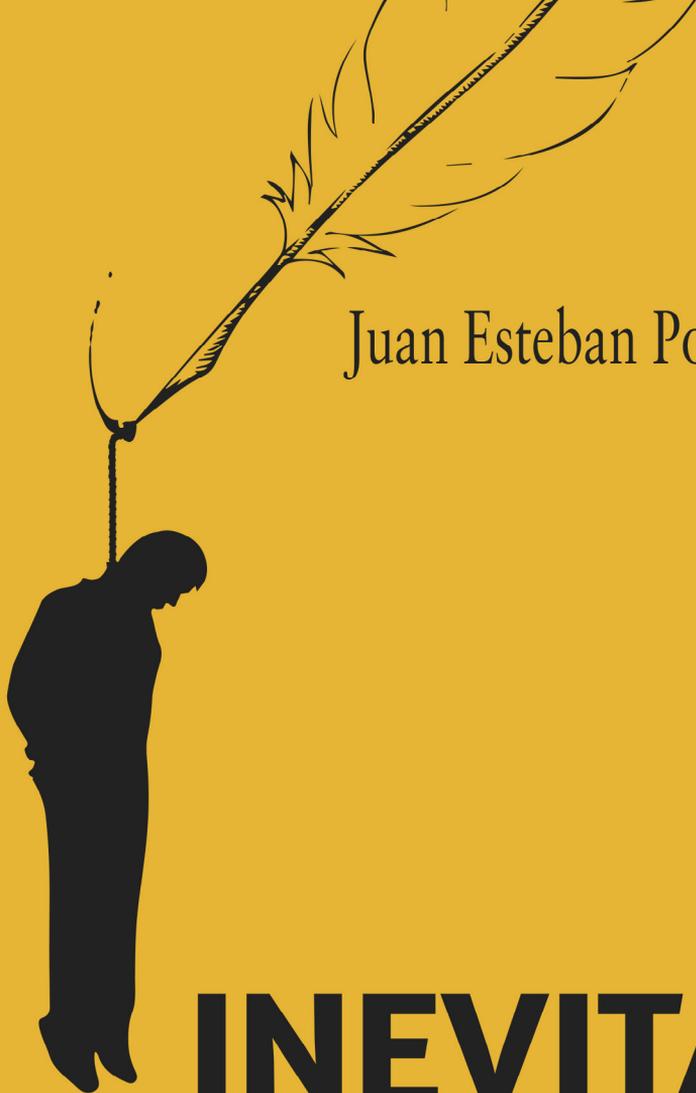


Juan Esteban Posada Morales



LA
INEVITABLE
SOMBRA

LA INEVITABLE SOMBRA

LA INEVITABLE SOMBRA

Juan Esteban Posada Morales



Fondo Editorial
Institución Universitaria de Envigado

Posada Morales, Juan Esteban
La inevitable sombra / Juan Esteban Posada Morales – Envigado: Institución
Universitaria de Envigado, 2023.

124 páginas – Colección Literaria
ISBN impreso: 978-628-7601-26-0
ISBN epub: 978-628-7601-27-7
ISBN pdf: 978-628-7601-28-4

Novela colombiana – 2. Literatura colombiana
(c863.5 SCDD-ed.22)

LA INEVITABLE SOMBRA

© Juan Esteban Posada Morales
© Institución Universitaria de Envigado, (IUE)

Colección Literaria
Edición: septiembre 2023
Publicación electrónica: octubre 2023
Publicación impresa: noviembre 2023

Institución Universitaria de Envigado

Rectora

Blanca Libia Echeverri Londoño

Director de Publicaciones

Jorge Hernando Restrepo Quirós

Coordinadora de Publicaciones

Lina Marcela Patiño Olarte

Asistente editorial

Nube Úsuga Cifuentes

Corrección de texto

Tómas Vásquez

Diseño de portada

Juan Sebastián Escobar Cano
Leonardo Sánchez Perea

Diagramación

Leonardo Sánchez Perea

Impresión y terminado

Divegráficas S.A.S.

Editado en Institución Universitaria de Envigado
Fondo Editorial IUE
publicaciones@iue.edu.co
Institución Universitaria de Envigado
Carrera 27 B # 39 A Sur 57 - Envigado Colombia
www.iue.edu.co
Tel: (+4) 604 339 10 10 ext. 1524
Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial del libro, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita del autor(es) o del Fondo Editorial IUE.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Institución Universitaria de Envigado, ni desata su responsabilidad frente a terceros. El autor asume la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Para Carlitos

*Mi historia no es agradable, no es dulce y armoniosa
[...]. Tiene un sabor a disparate y a confusión, a locura
y a sueño, como la vida de todos los hombres que ya
no quieren seguir engañándose a sí mismos.*

HERMANN HESSE

Primera parte
Registro de lo simbólico
o la dimensión del engaño

Capítulo 1

Eran las tres de la tarde. Crucé el camino guardado por palmeras reales de Cuba, que estaban sembradas cada dos metros y que generosamente entregaban el goce de una deliciosa sombra. Me rasqué la cabeza y me quedé un momento pensando... ¿En qué? No sé. Decidir. Contemplar. Largo el camino. Luego la plaza Ajedrez y luego la biblioteca, un edificio circular con patio abierto ajardinado. Había parado por dos o tres veces. Viejo camino, viejo el pasillo, simulé encender un cigarrillo con la esperanza de nunca encontrar a mi padre. Era normal que el camino estuviera inundado por estudiantes que, en aquella hora, flotaban en una atmósfera de placer y ocio. Preparaba ya la partida. Aquella tarde, bruscamente, un sol caliente aguas me quemaba la piel. ¿En Bogotá? Sí. Ese sol de tierra fría es el peor.

Para finales de 2018 trabajaba como profesor en varias universidades de Bogotá. Mis clases versaban sobre la violencia sindical en Colombia en la década del ochenta del siglo pasado. En mi caso tenía una restricción espacial y era que suscribía el fenómeno a Medellín. Privilegiaba, entonces, las discusiones sobre esta ciudad. Tamaña quimera. Era casi un modelador de la memoria apuntalado, por supuesto, en una potente realidad. Aunque tal tema, que a fuerza de recuerdos empecé a implementar, al final me permitió investigar la figura desaparecida de un padre sindicalista, de mi padre. Estas indagaciones, obviamente, fueron iluminadas por los complejos y los traumas que me mostraron una vida tan frágil como promesa al viento, y fueron más bien una pírrica muestra de la gran mentira y de lo poco que encontré en lo anecdótico y fútil. La desaparición de mi padre, que podía estar estrechamente ligada a maneras de la ideología, dado el contexto político en que se dio, me permitió relatar tal historia como punto de partida de una cadena de hechos que recorrió el camino de la recapitulación, poniendo en funcionamiento los engranajes de la racionalidad con la fuerza dinámica de la emoción. Observar esa

excepcionalidad, las relaciones familiares que me constituyeron, las relaciones con mi memoria, lo que hizo posible la vida, no solamente como una cuestión ideológica, integraría mi experiencia en la parcela que está bajo el control imaginario de la construcción del recuerdo.

Había pasado el día solo, perdido en una maraña de preguntas e ideas sobre la temática de la investigación y la desaparición de mi padre. Vivía solo. Me había separado hacía varios meses, luego de que mi esposa se enamorara de un prototipo. Aún me dolía. Ha tenido tres o cuatro parejas luego de que nos separamos. Todos dictan conferencias sobre inteligencia financiera. Todos la han estafado, por eso termina sus relaciones. Ahora sale con un tipo que tiene como religión un multinivel que nadie sabe qué producto promociona. No importa, lo que sea, el tema es religar el mayor número de incautos posible. Obvio, aún me duele. Las carpetas las apilé al lado de la maleta. Aún tenía una foto de ella, un portarretrato que escondí entre las novelas colombianas en mi biblioteca. De vez en cuando levantaba la cabeza con el dolor del traicionado, la mirada perdida entre el número limitado de lomos de libros, escuchando sus jadeos en una faena de buen sexo. Ya no sabía si era un recuerdo fijo o una muy bien elaborada escena que recreaba, igual era útil y me gustaba. Qué raro, sigue haciendo un sol abrasador en Bogotá.

Desde hacía varias semanas llamaba todos los días a mi madre a su casa del barrio Echavarría; trataba que pareciesen intempestivas las llamadas, al atardecer o por la noche, para que se molestara. Ella vivía en una casa al frente de un parque infantil, al lado de un colegio, la Institución Educativa Andrew Carnegie. Normalmente, caminaba hacia el puente de la Santa Elena para luego salir a la avenida 49, donde pasaba el transporte público. El balcón lo mantenía abierto. Le gustaba que la acompañaran sus hijos, siempre trataría de aprovechar la oportunidad para estar juntos.

Alcé discretamente las cejas y dirigí la mano derecha para sacar del bolsillo de la camisa un papelito donde días atrás había escrito «*Astillas del corazón*, de Rafael Arango Villegas». Era un libro de papel excesivamente ácido y por ende, con los bordes quemados, estaba al límite de la desintegración. Una primera edición de 1948. El libro vivía



inerte en mi estudio. Así llamaba a aquel espacio de la casa donde residía. Atravesé todo el camino. Me había apetecido de repente, ya fuera de la universidad, irme para Medellín, en favor de los consejos de mi buen amigo Alberto «el Bueno». ¿Por qué tenía ese sobrenombre? Jamás supe. Asumo que sí existía un Alberto «el Bueno», debía también existir un Alberto «el Malo», «el Siniestro», «el Ruin», etc. Vivía en la esquina de la 44 con la 26 en el barrio Colombia. Qué nombre el de aquel barrio. Y lo interesante es que reunía todas las vicisitudes del país. Bueno, le dejaba otro poco al barrio de enfrente, pasando el río, el barrio Antioquia. En su casa, la de Alberto «el Bueno», había una cantina, ofrecían toda clase de licores baratos. Durante algún tiempo me porté equilibradamente, limitándome a una cerveza con las comidas y a otra cerveza después de las comidas en la cantina de la familia de Alberto «el Bueno», hora en la cual salían las mujeres de las maquilas de ropa interior, luego de un largo día de trabajo. Me gustaba mirarlas e imaginar sus vidas. Pero el olorcillo de la cantina de aquella esquina, el disgusto anisado de la vida, el gusto ansiado de los aperitivos espirituosos, tan en consonancia con la hora, el día, el mes, el año, el trabajo, los recuerdos, los deseos, con la vida, me tentaron escandalosamente. Esperaba en vano a alguien que me empujara para ir. Tomaba la iniciativa. Antes de entrar, miraba con añoranza un Nissan rojo, modelo 74, que parecía estar estacionado enfrente desde siempre.

El Bueno me había recomendado investigar desde Medellín y así, medio en broma, medio en serio, me prometió cuidar mi hígado, sin la prohibición de tomar aguardiente. Cargado con semanas de dolor, indignación, ira, resentimiento y una abstinencia casi total de ejercicios hedónicos, empaqué. Me fui. Viajé. Llegué.

En el mostrador de zinc encontré los rostros familiares de al menos una docena de hombres y mujeres, en especial el de una mujer, del barrio Colombia. Eran seres con tan poco ánimo que parecían haber optado por salir temprano de la vida para malgastarla en algún antro, con la calma absoluta, con los asuntos corrientes sin resolver, con la tragedia que estalla y que lo arrastra todo a un ritmo lento, sin dejar a nadie sin un aguardientico.

Alberto me saludó con la mano, pero con la emoción de un abrazo. En un lenguaje atropellado hizo sitio en la barra. Señaló dos aguardientes y un vaso de agua medio lleno, medio vacío. Empujó mi brazo.

—Hágale —me dijo.

Su padre estaba allí en los comienzos del barrio Colombia, el Bueno siempre ha sido el hijo del dueño.

—¿Qué tal, Alberto? —dije sin mirarlo directamente. Miraba a la mujer.

—Bien —me respondió con su candidez respetuosa.

El olor era el mismo. Cada pequeño restaurante, cada zaguán, cada casa, cada esquina, cada persona, cada recuerdo, todo tenía un olor característico, el olor del alcohol era superficial, un conocedor del barrio habría discernido con claridad el marcado olorcillo de los fogones de leña y aceite de carro quemado. En cuanto a la mujer, la dominaba el dulce olor de la flor del jazmín.

Mientras esperaba la razón que solucionaría lo de mi hospedaje, leí maquinalmente el periódico que se hallaba, mil veces leído, sobre una de las mesas que instalaban en la acera: «Muerto líder social». «Esto no cambiará jamás», pensé. Me sirvieron hígado encebollado en la mesa sin mantel que también hacía de comedor.

—No quiero —le advertí al Bueno. Estaba allí no para comer, sino para charlar en paz con el más conocido, por mí, de los humanos. Igual ya había pasado la hora del almuerzo.

—¿Ya conseguiste dónde dormir? Te tengo el propio lugar. Y para eso que estás escribiendo, te serviría como un putas —dijo Alberto.

Con la copa en la mano le prestaba una atención inusitada.

Se levantó y se acomodó la pretina del pantalón.

—25-31. ¿Te acordás? —me preguntó con una sonrisa en la boca.

Era la casa de mis abuelos, donde yo había nacido, donde mi padre había nacido. Sobre la carrera 45, era la casa 25-31. Los números me decían todo. Mi rostro palideció. Me recordaba todo. La idea era de él, sin duda. Concordaba con su aire sagaz y solidario, su camiseta de un

